

## LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### EL BOULEVARD DE LOS INVÁLIDOS.

La escena que pasaba á la misma hora en el boulevard de los Inválidos, palacio de la Mothe-Houdón, aunque semejante en el fondo á las dos escenas que acabamos de contar, era diferente en la forma.

En casa de Rosa de Noel era el amor en botón.

En casa de Regina entreabría su corola.

En casa de Mad. de Marande era una flor completamente abierta y formada.

¿Cuál es el momento más delicioso del amor?

Toda mi vida he buscado la solución del enigma sin poder encontrarlo.

¿Es la hora en que nace? ¿Es la hora en que crece?

¿Ó es la hora en que desarrollado ya, fruto delicado y suave, va á caer en el dorado traje de la madurez?

¿Cuál es el momento en que son más bellos los rayos

del sol? ¿En su aurora? ¿En medio del día ó á la hora en que inclinada hacia el horizonte humedece la extremidad de su purpúreo disco en las tibias olas del mar?

¡Oh! que otro lo diga, que otro pronuncie, que otro decida: nosotros temeríamos engañarnos en esta grave cuestión.

Y hé aquí por qué no sabemos decir cuál de los tres era más dichoso; si Juan Robert, si Ludovico ó si Petrus, y cuál de ellas tres, Mad. de Marande, Rosa de Noel ó Regina, saboreaba más deliciosamente las alegrías del amor.

Pero para que se compare, digamos las palabras, las miradas, las sonrisas de embriaguez de los dos amantes, ó más bien de los dos enamorados; halladme una palabra, lectores benévolos ó bellas lectoras, para expresar mi pensamiento; los dos enamorados, no; los dos amantes, qué palabras, qué miradas, qué sonrisas de embriaguez cambiaron entre sí durante aquella noche luminosa y resplandeciente.

Petrus llegó á las doce y media á la verja del palacio.

Después de haber dado siete ú ocho paseos á lo largo del boulevard para ver si le observaba alguien, vino á pararse en la sombra del ángulo que formaba el muro á que estaba pegada la verja.

Diez minutos hacia que estaba allí, fijos los ojos con cierta tristeza en las cerradas persianas, donde no se divisaba luz alguna. Empezaba á temer que Regina no acudiera á la cita, cuando oyó una tosecilla seca que denunciaba la presencia de otra persona al opuesto lado de la tapia.

Petrus respondió con otra tos semejante.

Y como si aquella tos estuviera dotada del mismo poder mágico que la palabra *sésamo*, la puertecilla, distante diez

pasos de la verja, se abrió misteriosamente sin que se viera la mano que la hacía girar sobre sus goznes.

Petrus se deslizaba entretanto á lo largo de la pared, hasta llegar á aquella puerta.

— ¿ Sois vos, mi buena Anita? preguntó Petrus en voz baja, percibiendo en la obscuridad con sus enamorados ojos, en la sombría calle de tilos que desembocaba allí, una anciana que otro cualquiera hubiera tomado por un fantasma.

— Yo soy, respondió Anita en el mismo tono, porque era en efecto la vieja y buena nodriza de Regina.

¡ Oh! las nodrizas, desde la de Pedro hasta la de Julieta, y desde ésta hasta la de Regina.

— ¿ Y la princesa? preguntó Petrus.

— Está aquí.

— ¿ Me espera?

— Sí.

— ¿ Pero no hay luz ni en la ventana de su cuarto ni en la del invernadero?

— Está en el cenador del jardín.

No, no estaba allí; estaba al final de la calle, donde aparecía como una blanca visión.

Petrus corrió hacia ella.

Dos palabras se confundieron en un estrecho abrazo.

— ¡ Querida Regina!

— ¡ Querido Petrus!

— ¿ Me habías oído?

— ¿ Sabías que era yo?

— ¡ Regina!

— ¡ Petrus!

Hubiérase creído que era el eco del primer abrazo que volvía á repetirse.

Regina llevó después consigo á Petrus.

— Vamos al cenador.

— Vamos adonde quieras, alma, mía.

Y los dos jóvenes, rápidos como Hipómenes y Atalanta, silenciosos como los silfos y las ondinas, que pasan sin encorvarse bajo las altas hierbas del Blumenthal, llegaron en un momento á la parte del jardín donde se alzaba el cenador.

El cenador en donde acababan de entrar Petrus y Regina, era el nido más encantador que se puede imaginar; cerrado por todas partes en la apariencia, por enredaderas, hiedras y otras hierbas silvestres, no se comprendía de pronto ni por dónde se podía entrar, ni por dónde salir una vez entrado.

Los árboles ya muy juntos por su base estaban tan perfectamente enlazados por su cima, que se les hubiera podido creer sin trabajo los hilos de una malla de seda verde, lo cual prestaba á los dos amantes ocultos en su recinto el aspecto de dos mariposas cogidas bajo una inmensa red.

Y, sin embargo, las hojas hasta tal punto apretadas, que no penetrase á través de ellas la claridad de los luceros y estrellas: pero con cuánta timidez parecían atravesar aquella espesura, con qué infinitas precauciones, ni se deslizaban entre ellas, apareciendo como engastadas en un ramo de esmeralda.

Había allí más sombra que en ningún otro de los sitios del jardín.

Regina estaba deliciosamente vestida de blanco como una desposada.

Había habido reunión en el palacio aquella noche, pero Regina tuvo tiempo de quitarse el traje de recibir para vestirse un gran peinador de batista bordado, con anchas

mangas, por las que salían sus magníficos brazos desnudos; mas para no hacer esperar á Petrus había conservado puestas sus alhajas.

Rodeaba su cuello un hilo de perlas finas que parecían otras tantas gotas de leche cuajada: dos diamantes del grueso de una avellana cada uno brillaban en sus orejas; un rio de brillantes se enroscaba alrededor de sus cabellos, y por último, brazaletes y pulseras de esmeraldas, rubíes y zafiros de todas formas, cadenas, aros, flores y serpientes rodeaban sus brazos.

Estaba de aquel modo encantadora: con una blancura deslumbrante y pura como la blanca luz de la reina de la noche, y como ella toda rodeada de estrellas.

Cuando Petrus se detuvo, respiró y miró, quedó deslumbrado.

Nadie mejor que él, pintor, poeta y enamorado, podía darse cuenta de aquel aspecto fantástico que tenía á la vista; aquel bosque luminoso y tremante, aquel tapiz verdoso, esmaltado de violetas y florecillas de mil colores, y luciérnagas, unas esparciendo sus perfumes, otras su tibio resplandor; en una rama de uno de los árboles cercanos un ruiseñor cantando su amorosa canción y llenando el aire de melódiosas notas; y Regina allí, en pie, apoyada en su brazo, embriagadora y embriagada; centro de aquel cuadro seductor, estatua de alabastro rosa... Convengámos en que era más de lo necesario para enamorar á un indiferente, y volver loco á un enamorado.

Era efectivamente el sueño de una noche de verano; sueño de amor y de felicidad.

Petrus experimentó todas sus delicias.

Y cosa terrible para el pobre Petrus: en medio de todos aquellos delirios, estaba también el de la riqueza.

A no dudarlo, sin perlas, sin diamantes, sin rubíes, ni esmeraldas, ni zafiros, Regina hubiera estado siempre hermosa, porque hubiera sido mujer siempre, y esto la bastaba: pero, ¿con su nombre de Regina era bastante para ella el ser mujer? ¿No necesitaba tener algo de reina?

¡Ay! esto fué lo que se dijo Petrus á si mismo suspirando á la vez de amor y de tristeza: recordaba la confesión que tenía que hacer á su amada.

Ya entreabría los labios para decirle todo, cuando le pareció que otras palabras que las de aquella humillante confesión se agolpaban á su corazón.

— ¡Más tarde! ¡más tarde! murmuró en voz baja.

Y como Regina se sentara en un banco de césped, se sentó á sus pies besando sus manos, buscando entre las pedrerías que las aprisionaban un sitio para apoyar sus labios.

## CAPÍTULO II.

### EL BOULEVARD DE LOS INVÁLIDOS (CONTINUACIÓN).

Regina vió que todos aquellos brazaletes incomodaban á Petrus.

— Perdona, amigo mío, le dijo: he venido como estaba; temía hacerte esperar y me he apresurado á venir; ayúdame á quitarme esto.

Y se puso á apretar unos tras otros los muelles de las pulseras, y á dejar caer á su alrededor, como lluvia de estrellas, todos aquellos rubíes, todos aquellos diamantes, todas aquellas esmeraldas y zafiros engastados en oro.

Petrus quiso recogerlos.

— ¡ Oh ! déjalo, déjalo, exclamó con la aristocrática indiferencia de la riqueza ; eso es cosa de Anita. Mira, mi querido Petrus, aquí tienes mis manos y mis brazos ; tuyos son : no más cadena ni aun de oro, no más grillos ni aun de diamantes.

— ¡ Qué contestar á esto ! Arrodillarse y adorar.

Petrus se dejó llevar como los indios por aquel dulce delirio á la contemplación muda de la belleza, á una embriaguez que se parecía á la que produce el hachis.

Después de un momento de silencio, durante el cual su mirada parecía haberse absorbido en la mirada de Regina, y su alma reanimado en el alma de la joven, exclamó en un arranque de pasión :

— ¡ Oh ! mi querida Regina : Dios puede ya llamarme á sí, porque he tocado á la vez con las manos y los labios esa flor desconocida que se llama la felicidad humana, y he vivido : nunca, ni aun en sueños, había sentido una de las partículas de la alegría que haces brotar en mí como una deidad bienhechora. Os amo, Regina, más allá de lo que es posible amar, más allá del tiempo y de la vida, y la eternidad se me figura corta para repetirte que te amo.

Regina dejó caer su mano sobre los labios de Petrus.

Como ya hemos dicho, Regina estaba sentada y Petrus echado á sus pies ; pero al besar la mano de Regina medio se levantó, y al pasar su brazo alrededor del talle de la joven se levantó del todo.

Resultó de aquí, que se encontró en pie y ella sentada.

En esta posición la dominaba con toda la altura de su talla.

Entonces asaltó de nuevo su pensamiento su pobreza, y lanzó un suspiro.

Regina se estremeció, porque comprendió que aquel suspiro era de dolor y no de amor.

— ¿ Qué tienes, amigo mío ? preguntó con cierto sobresalto.

— ¡ Yo, nada ! dijo Petrus moviendo la cabeza.

— Sí tal, Petrus, dijo Regina, estás triste ; habla, yo te lo mando.

— He tenido grandes disgustos, amiga mía.

— ¡ Tú !

— Sí.

— ¿ Cuándo ?

— Estos últimos días.

— Y nada me has dicho, Petrus. Vamos, ¿ qué ha sucedido ?

— Nada...

— Cuéntamelo, Petrus.

Y Regina levantó su cabeza para mirarle.

La mirada de sus hermosos ojos estaba llena de amor, y éstos brillaban como los diamantes esparcidos entre sus cabellos.

Si sólo hubiera habido allí los ojos de Regina, Petrus hubiera hablado.

Pero estaban también los diamantes.

Los diamantes le fascinaron.

Sus propósitos se desvanecieron ante aquel brillo deslumbrador.

¡ Oh ! en efecto : ¿ no es una cruel confidencia la que consiste en revelar á una gran señora, tan rica como bella, que tiene por amante á un pobre diablo de pintor, cuyos muebles iban á ser vendidos públicamente dentro de cuatro ó cinco días ?

Y además, el pobre diablo del pintor, ¿ no se vería en a

precisión al propio tiempo que su pobreza de confesar á su amiga sus defectos, que habla estado á punto de ser mal hijo?

Esta vez también le faltó el valor.

— ¡ Oh, picañilla ! la dijo, ¿ no es un profundo disgusto para mí verme obligado á salir de París, y permanecer ausente y sin veros seis días ?

Regina lo atrajo hacia sí y le presentó su frente.

Petrus apoyó sus labios en ella con un estremecimiento de alegría que irradió en su semblante.

En aquel momento la luz de la luna daba de lleno en la frente de Petrus.

Al verle tan espléndidamente iluminado por aquella doble luz, Regina no pudo contener un grito de admiración.

— Me dices algunas veces que soy bella, Petrus.

El joven la interrumpió.

— Te lo digo siempre, Regina ; cuando con mis labios, cuando con mi corazón.

— Pues bien, permíteme que una vez te diga á ti que eres bello.

— ¡ Yo ! dijo Petrus admirado.

— ¡ Déjame que te diga que te amo, mi noble Van-Dick ! Mira : ayer viendo en el Louvre el retrato de este gran pintor del que Dios te ha dado el talento y de que yo te he dado el nombre, me acordé de haber oído contar en Génova los amores de Van-Dick con la condesa Brignola, y casi estuve á punto de decirte : te pertenezco como ella le perteneció, porque eres bello como él y te amo en verdad mucho más que ella pudo amarle.

Petrus lanzó un grito de alegría.

Entonces dejándose caer al lado de ella y cogiéndola por el talle la atrajo dulcemente hacia sí.

Regina cedió, como palma doblada por la brisa de la tarde, é inclinando su cabeza sobre el pecho de Petrus, escuchó sonriendo los precipitados latidos de aquel corazón, que en cada una de sus palpaciones la decía

— Regina, te amo.

En verdad que era un grupo encantador el que formaban aquellos dos bellos jóvenes, y el ángel de la felicidad hubiera debido petrificarlos en su éxtasis.

Faltó á los labios la palabra : ¿ qué tenían ni qué podían ya decirse, que sus ojos no se dijeran más concisa y elocuentemente ?

La voz expiró en sus labios. ¿ Qué tenían que decirse ?

El aliento de Petrus acariciaba dulcemente los cabellos de la joven y la hacia estremecerse como una sensitiva al soplo de un pájaro.

Había cerrado los ojos y gozaba ínteramente con esas alegrías inefabiles que la religión hace esperar á los que mueren cuando despierten en el otro mundo bajo la mirada de Dios.

Pasó así una hora en aquel embriagante letargo, gozando cada cual por su lado de la felicidad que al otro proporcionaba, saboreándola en silencio, como si el testimonio demasiado estrepitoso de semejante felicidad debiera causar celos á los astros que los contemplaban.

Pero ninguno de ambos escapaba á la influencia del lazo amoroso : su respiración era cada vez más precipitada, su aliento parecía una queja, su sangre como una marca que sube parecía haber sumergido el corazón y latir en las arterias de sus sienes.

Regina se despertó sobresaltada como un niño que escapa de un malensueño, y temblando toda, con sus labios casi pegados al oído de Petrus, murmuró :

- Marcha... vete... déjame, Petrus.  
 — ¡ Ya! ¿ y por qué tan pronto?  
 — Te digo que te vayas, amado mio: vete, vete.  
 — ¿ Nos amenaza acaso algún peligro, vida mia  
 — Si, uno grande, terrible.

Petrus se levantó y miró en derredor.  
 Nada vió ni oyó.

Regina le hizo que volviera á sentarse, y fingiendo una sonrisa que no estaba exenta de cierto terror, le dijo:

— No, amigo mio, no; el peligro no está donde tú le buscas.

— ¿ Pues dónde? preguntó Petrus.

— Aquí, en nosotros mismos, en nuestro corazón, en nuestros labios, en un abrazo; ten piedad de mí, Petrus; te amo demasiado.

— ¡ Regina, Regina! dijo el joven estrechando las manos de su amada, y besándolas apasionadamente.

Aquel nuevo arranque de pasión duró largo tiempo; aquella caricia era pura y casta como lo son las de los ángeles, y sus almas se confundieron en ella.

Al propio tiempo una estrella trazó un surco brillante en el cielo y pareció caer á algunos pasos de distancia de donde se hallaban.

Regina, con un esfuerzo supremo, se separó de Petrus.

— No descendamos del cielo como ella, mi querido Petrus; mirándole con sus bellos ojos humedecidos por una lágrima.

Petrus la atrajo hacia sí; depositó sobre su frente un beso cual si fuera el de un padre, diciéndola:

— A la faz de Dios que nos mira á la luz de las estrellas que son sus ojos, Regina, yo te doy este beso como la

prueba más cierta de mi respeto, de mi profunda consideración hacia ti.

— Gracias, amigo mio, dijo Regina; baja tu frente.

Petrus obedeció, y la joven le devolvió el beso que había recibido.

En aquel momento dieron las tres, y Anita apareció.

— Dentro de media hora, dijo, empezará á amanecer.

— Ya ves, Anita, que nos estábamos despidiendo.

Se separaron.

Pero en el momento en que sus manos se iban á desenlazar, la mano de Regina detuvo á la de Petrus.

— Espero que mañana recibirás una carta mia.

— Yo lo espero también, dijo el joven.

— Pero... una buena carta.

— Todas tus cartas, Regina, son buenas, y la última es siempre la mejor.

— Esta será mejor que la mejor.

— ¡ Oh! Dios mio, soy tan feliz, que casi, casi tengo miedo.

— No temas, y sé dichoso, dijo Regina.

— ¿ Qué me dirá, pues, tu carta, amor mio?

— ¡ Oh! ten paciencia y espérala; ¿ no es menester reservar alguna felicidad para los dias en que nos veamos?

— Gracias, Regina, eres un ángel.

— Hasta la vista, amigo mio.

— Hasta siempre.

— Ved, dijo Anita: ¿ no os lo estaba yo diciendo? ya empieza á amanecer.

Petrus movió la cabeza y se alejó con la vista fija siempre en Regina.

¿ Qué decía Anita y qué hablaba de amanecer?

En aquel momento, por el contrario, para los amante

el cielo se cubría de un velo, el ruiseñor dejaba de cantar, las estrellas desaparecían del cielo, y toda aquella mágica fantasmagoría, creada por ellos, parecía borrarle con su postrero y último beso.

### CAPÍTULO III.

#### LA CALLE DE JERUSALÉN.

Salvador, al separarse de los tres jóvenes, había dicho :  
— Voy á tratar de salvar á Mr. Sarranti, á quien dentro de ocho días van á decapitar.

Después de haber dejado marchar á los jóvenes cada cual por su lado, Salvador bajó rápidamente por la calle del Infierno, tomó la calle de la Harpe, atravesó el puente San Miguel, siguió el Malecón, y al mismo tiempo que cada uno de sus amigos llegaba ó poco menos al sitio de su cita, llegaba él ante el palacio de la prefectura.

Como la primera vez, el portero detuvo á Salvador preguntándole :

— ¿Dónde vais ?

Y como la primera vez, Salvador dijo su nombre.

— Perdonad, dijo el portero, no os había conocido.

Salvador pasó.

Después atravesó el patio, entró en la escalera, subió dos pisos y llegó á la antesala donde estaba el portero de servicio.

— ¿Mr. Jackal ? preguntó Salvador.

— Os espera, respondió el portero abriendo la puerta del gabinete de Mr. Jackal.

Salvador entró y vió al jefe de policía sepultado en uno de esos inmensos sillones llamados *Voltaire*.

Al ver aparecer al joven, Mr. Jackal se levantó y se dirigió apresuradamente á su encuentro.

— Ya veis que os esperaba, mi querido señor Salvador.

— Mil gracias por la atención, respondió Salvador con la altivez y desdén con que acostumbraba á hablar al jefe de la policía.

— ¿No me habéis dicho que se trataba simplemente de una corta expedición á los alrededores de París ?

— En efecto, respondió Salvador.

— ¡Que enganchen ! dijo Mr. Jackal al portero.

El portero salió.

— Sentaos, Sr. Salvador, dijo Mr. Jackal señalando un asiento al joven. Dentro de cinco minutos podremos marchar. Había dado orden de que los caballos estuviesen con las guarniciones puestas.

Salvador se sentó, no en el asiento que le indicaba Mr. Jackal, sino en otro más distante que aquél.

Hublérase dicho que aquel joven de puros y elevados instintos huía del contacto del sabueso de la policía.

Mr. Jackal reparó en aquel movimiento, pero sólo un leve fruncimiento de sus cejas indicaba que lo hubiera observado.

Después sacó la tabaquera del bolsillo, llenó sus narices de tabaco, se echó en el sillón y levantando sus anteojos, dijo :

— ¿Sabéis, mi querido Salvador, en lo que pensaba cuando habéis entrado ?

— No, no tengo el don de adivinar ni ese es mi oficio.

— Pues bien, me preguntaba á mí mismo de dónde podíais sacar ese amor tan poderoso hacia la humanidad.

— De mi conciencia, señor, respondió Salvador; y he admirado antes que todo, y hasta más aún que los versos de Virgilio, este verso del poeta de Cartago, que acaso lo hizo porque era esclavo:

Homo sum, et nihil humani alienum puto.

— Sí, sí, dijo Mr. Jackal, conocía ese verso; es de Terencio, ¿no es verdad?

Salvador hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Mr. Jackal continuó.

— En verdad, mi querido Salvador, si la palabra filántropo no se hubiera inventado, fuera preciso crearla para vos. El periodista más digno de fe de toda la tierra, si es que hay alguno que merezca fe, si escribiera mañana que habíais venido á medianoche á buscarme para asociarme á una buena acción, no lo creerían: hay más, sospecharían que había algún interés particular en este acto desinteresado.

Vuestros amigos políticos gritarían desaprobando vuestra conducta, y dirían que estábais vendido al partido bonapartista, porque al fin y al cabo empeñaros en salvar la vida de ese Mr. Sarranti, que vuelve del otro mundo, á quien vos acaso no habéis visto más que el día en que fué preso en la plaza de la Asunción; poner tal empeño en probar á un tribunal que se ha engañado por completo y que ha condenado á un inocente, ¿no será, dirán vuestros amigos políticos, dar una prueba palpable de bonapartismo?

— Salvar á un inocente, Mr. Jackal, es dar una prueba de honradez: un inocente no pertenece á ningún partido; pertenece sólo al partido de Dios.

— Sí, sí, sin duda; y eso es claro y terminante para mí

que os conozco desde hace mucho tiempo y que sé de larga fecha que sois, como se dice, un *libre pensador*. Sé, que sería en vano querer arrancaros opiniones que han echado en vos tan profundas raíces. Así que, no emprenderé yo semejante trabajo. Pero si alguno lo emprendiese, si se os calumniase...

— Sería trabajo perdido; nadie le creería.

— He tenido también vuestra edad, dijo con acento impregnado de ligera melancolía Mr. Jackal, y he tenido de mis semejantes la misma opinión que vos tenéis. Después me he arrepentido amargamente y he gritado como Mephistopheles. — Vos habéis hecho una cita; permitidme que yo haga otra: « Creéle uno de los nuestros; ese gran todo sólo ha sido hecho para un Dios; para él la luz eterna; á nosotros nos ha creado para las tinieblas... »

— Sea, dijo Salvador; pero entonces responderé como el doctor Fausto: « Pero yo quiero. »

— « El tiempo es corto y el arte largo, » prosiguió Mr. Jackal llevando la cita al último extremo.

— Qué queréis, respondió Salvador, Dios me ha hecho así. Unos nacen inclinados al mal; yo, por el contrario, por un instinto natural, por un poder irresistible, me siento inclinado al bien. Esto es decir, Mr. Jackal, que todos los filósofos pedantes y charlatanes reunidos no conseguirían separarme una línea del camino que me he trazado.

— ¡ Oh ! ¡ juventud, juventud ! murmuró Mr. Jackal con cierto desaliento, inclinando tristemente la cabeza.

Salvador creyó que había llegado el momento de dar otro giro á la conversación. Según él, Mr. Jackal, melancólico, deshonoraba la melancolía.

— Puesto que me hacéis el honor de recibirme, permí-

tid, Mr. Jackal, que os recuerde en breves palabras el objeto de la expedición que os propuse anteayer.

— Os escucho, mi querido Salvador, respondió Mr. Jackal.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, se abrió la puerta y el portero anunció que el carruaje estaba dispuesto.

Mr. Jackal se levantó.

— Hablaremos por el camino, mi querido Salvador, dijo tomando su sombrero y haciendo seña al joven de que pasara antes que él.

Salvador saludó y pasó.

Llegados al patio, Mr. Jackal, después de haber hecho entrar al joven en el carruaje, puso á su vez el pie en el estribo preguntándole:

— ¿ Adónde vamos ?

— Camino de Fontainebleau, á la Cour de France, respondió aquél.

Mr. Jackal repitió la orden.

— Pasando antes por la calle Macón, añadió Salvador.

— ¿ Por la calle Macón ? preguntó Mr. Jackal.

— Sí, por mi casa, tenemos que tomar allí un compañero de viaje.

— ¡ Diablo ! dijo Mr. Jackal, si lo hubiera sabido hubiera mandado poner la berlina en vez del cupé.

— ¡ Oh ! no importa, dijo Salvador ; el compañero no nos incomodará ni se incomodará por esto.

— Calle Macón, núm. 4, dijo Mr. Jackal.

El carruaje partió.

Algunos segundos después paró delante de la casa de Salvador.

Salvador bajó y abrió la casa con la llave que llevaba en el bolsillo.

Apenas había puesto el pie en el primer escalón, apareció una luz en lo alto de la escalera.

Fresolina apareció con una bujía en la mano semejante á una estrella que se ve desde el fondo de un pozo.

— ¿ Eres tú, Salvador ? preguntó.

— Yo soy, querida.

— ¿ Te quedas ?

— No, volveré mañana á las ocho.

Fresolina lanzó un suspiro.

Salvador adivinó este suspiro más bien que lo oyó.

— No temas nada, la dijo : no hay peligro alguno.

— Llévate á Rolando.

— Venia á buscarlo.

Y Salvador llamó á Rolando.

Como si sólo hubiera estado esperando que le llamaran, saltó los escalones de cuatro en cuatro y vino á poner sus dos patas en los hombros de Salvador.

— ¿ Y yo ? dijo Fresolina entristecida.

— Baja, dijo Salvador.

Hemos comparado hace poco la joven á una estrella.

Una estrella que se desliza del cielo y que en algunos segundos recorre la distancia que le separa de un horizonte á otro, no baja más rápidamente que Fresolina bajó la escalera.

Allí cayó en brazos del joven.

Allí la sonrisa y la límpida y serena mirada de Salvador la tranquilizó.

— Hasta mañana, ó más bien hasta hoy á las ocho, le dijo.

— Hasta hoy á las ocho.

— Ve, Salvador, ve, y que Dios sea contigo.

Y siguió con la vista al joven hasta que éste cerró la puerta.

Salvador volvió á ocupar su puesto junto á Mr. Jackal, y gritó por la ventanilla :

— Sigamos, Rolando.

Y como si el perro supiera ya adónde iban, tomó la delantera, echando á correr delante del carruaje por el camino de Fontainebleau.

#### CAPÍTULO IV.

##### EL CASTILLO DE VIRY

Para aquellos de nuestros lectores que ignoren todavía el objeto de la expedición de Salvador y de Mr. Jackal, vamos á decirles algunas palabras de lo que entre estos dos personajes habia pasado la antevispera de este día.

Salvador, viendo irse acercando el plazo del término concedido á Domingo, fué á buscar á Mr. Jackal, y le dijo :

— Me habéis autorizado para que venga á veros en cuanto tenga que indicaros alguna injusticia ó algún mal que reparar.

— En efecto, mi querido Salvador, habia contestado Mr. Jackal ; eso os tengo dicho.

— Pues bien, vengo á hablaros de la sentencia de Mr. Sarranti.

— ¡ Ah ! ¿ venis á hablarme de eso ?

— Si.

— Hablemos pues, dijo Mr. Jackal bajando sus 'anteojos. Salvador continuó :

— Si tuvierais la convicción de que Mr. Sarranti es inocente, ¿ hariais cuanto está en vuestra mano para salvarle ?

— Es natural, querido Mr. Salvador.

— Entonces vais á comprenderme : tengo esa certidumbre.

— Desgraciadamente yo no la tengo, exclamó Mr. Jackal.

— Pero yo vengo para dáosla ; tengo, no sólo certidumbre, sino prueba de la inocencia de Mr. Sarranti.

— ¿ Vos, mi querido Mr. Salvador ? ; Ah ! tanto mejor.

Salvador confirmó lo que habia dicho con una inclinación de cabeza.

— ¿ Tenéis esa prueba ?

— Sí.

— Pues bien, ¿ por qué no la mostráis ?

— Vengo precisamente á pedirlos que me ayudéis, <sup>1866 84</sup> carla á luz.

— Estoy á vuestra disposición, mi querido Mr. Salvador ; hablad pronto.

— No, no vengo á hablar ; las palabras no son pruebas ; vengo para obrar.

— Obremos.

— ¿ Podéis disponer de la próxima noche ?

Mr. Jackal lanzó una rápida mirada sobre Salvador.

— No, contestó.

— ¿ Y de la siguiente ?

— Sí ; sólo que es preciso que sepa por cuánto tiempo me ocuparéis.

— Por sólo algunas horas

— ¿ Y la expedición es á Paris ó fuera de Paris ?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1866 84  
MONTERREY, MEX.

— Fuera de París.

— ¿ Á alguna distancia ?

— Á cuatro ó cinco leguas.

— Bien.

— ¿ Entonces estaréis pronto ?

— Estaré á vuestras órdenes.

— ¿ Á qué hora ?

— Desde medianoche en adelante os pertenezco en cuerpo y alma.

— Hasta pasado mañana á medianoche.

— Hasta pasado mañana.

Y Salvador dejó á Mr. Jackal : eran las ocho de la mañana.

En el portal se cruzó con un hombre envuelto en un largo redingote con cuello alto, que parecía hecho á propósito para ocultar la cara.

No paró en él la atención.

Los que iban á visitar á Mr. Jackal tenían á veces graves razones para no entrar allí con la cara descubierta.

El hombre había subido al cuarto de Mr. Jackal.

Habían anunciado á Mr. Gérard.

Mr. Jackal había dejado escapar un grito de alegría y la puerta se cerró en cuanto hubo entrado Mr. Gérard.

La conferencia duró cerca de una hora.

Más tarde sabremos lo que pasó en ella ; por el momento nos vemos obligados á seguir á Salvador, á Mr. Jackal y Rolando por el camino de Fontainebleau.

Tardaron poco en recorrerlo todo.

Llegados al puente Godeau, Salvador mandó parar al cochero y se apeó.

— Creo, dijo Mr. Jackal, que hemos perdido vuestro

perro : es lástima, porque parece un animal muy inteligente

— ¡ Oh ! su inteligencia es extraordinaria : ya tendréis ocasión de conocerlo por vos mismo.

Mr. Jackal y Salvador siguieron la calle de manzanos que nuestros lectores conocen ya, y que iba á desembocar á la verja del parque.

Delante de la verja encontraron á Rolando que les esperaba, tendido cuan largo era á la luz de la luna, con la cabeza levantada y en la posición de las grandes esfinges del Egipto.

— Aquí es, dijo Salvador.

— Bónita propiedad, dijo Mr. Jackal levantando sus anteojos y dirigiendo su mirada á través de la verja á las profundidades del parque. ¿ Y cómo entramos ?

— ¡ Oh ! muy fácilmente : vais á verlo, respondió Salvador. Arriba, Brasil.

El perro se puso de un salto sobre sus cuatro patas.

— Creía que vuestro perro se llamaba Rolando, dijo Mr. Jackal.

— En París es verdad : pero en el campo le llamo Brasil. Es toda una historia que os contaré en sitio y lugar oportuno. ¡ Aquí, Brasil !

Salvador estaba junto á la parte de la tapia por donde acostumbraba á saltar.

Brasil, obedeciendo las órdenes de su amo, se le había acercado.

Salvador lo cogió, lo alzó en brazos, como ya lo hemos visto en otra ocasión, hasta el tejadillo de la tapia : Brasil se agarró á él con sus dos patas, y Salvador apoyando las otras dos en sus hombros :

— Salta, le dijo.

El perro saltó y cayó al otro lado.

— ¡ Ah, ah ! dijo Mr. Jackal ; empiezo ya á comprender : eso es un modo de enseñarnos el camino.

— Justamente. Ahora nos toca á nosotros, dijo Salvador. Y elevándose á fuerza de brazos llegó á ponerse á caballo sobre la tapia.

Alargando desde allí ambas manos á Mr. Jackal :

— Ahora vós, le dijo.

— Es inútil, contestó éste.

Y subió á su vez como lo había hecho Salvador, demostrando una agilidad que no era fácil suponer en él.

Es verdad que flaco como era, sus manos no tenían que levantar un gran peso.

— Vaya, dijo Mr. Salvador ; ningún cuidado tengo ya por vos.

Y saltó al otro lado de la tapia.

Mr. Jackal hizo otro tanto con una ligereza y una destreza que demostraban sus hábitos de gimnasia.

— Ahora, dijo Salvador, haciendo una seña á Brasil, ¿ sabéis dónde nos hallamos ?

— No, dijo Mr. Jackal : pero espero que tendréis la bondad de decírmelo.

— Estamos en el castillo de Viry.

— ¡ Ah ! ; Viry ! ; Viry !... ¿ Dónde he oído yo ?...

— Voy á ayudar á vuestra memoria.

— ¡ En el castillo de Viry !...

— En casa de Mr. Gerard.

— En casa del honrado Mr. Gerard ; el nombre no me es desconocido.

— Tal creo : es una propiedad que había alquilado hace muchos años á Mr. Loredán de Valgeneuse, para ocultar en ella á Mina.

— ¿ Mina ? Sí, Mina, añadió Mr. Jackal.

— Es la joven que fué robada en Versalles.

— ¡ Ya ! ; ¿ qué ha sido de ella ?

— ¿ Me permitis que os cuente una pequeña anécdota, Mr. Jackal ?

— Contádmela, mi querido Mr. Salvador ; ya sabéis el placer que tengo en oiros.

— Pues bien, uno de mis amigos en Rusia (estaba en San Petersburgo) tuvo la imprudencia, jugando en casa de un gran señor, de poner sobre la mesa de juego una magnífica tabaquera guarnecida de diamantes.

La tabaquera desapareció.

Estimaba mucho aquella alhaja.

— Ya se comprende, dijo Mr. Jackal.

— La estimaba menos por los diamantes que por la persona que se la había regalado.

— Yo la hubiera estimado por ambas cosas.

— El la estimaba por una sola, como vos la hubierais estimado por las dos. Contó su desagradable aventura al dueño de la casa del mejor modo que le fué posible, para darle la mala noticia de que en su sociedad había un ladrón.

Pero con grande admiración suya el dueño no pareció asombrarse con aquella noticia.

— Dadme, le dijo, señas exactas de vuestra tabaquera. Mi amigo se las dió.

— Bien, le dijo : trataré de que os la devuelvan.

— ¿ Vais á participarlo á la policía ?

— No tal ; sería el medio de que no la volvierais á ver más ; por el contrario, no habléis ni una palabra de ese robo.

— Pero, ¿ qué medios emplearéis ?

— Es mi secreto : os lo diré al devolveros la tabaquera.

— Á los ocho días se presentó el gran señor en casa de mi amigo.

— ¿Es ésta? le dijo enseñándole una tabaquera.

— Justamente es la misma.

— ¿Es vuestra tabaquera?

— Os digo que es la misma.

— Pues bien, tomadla, y no la volváis á poner sobre una mesa de juego; comprendió que os la hayan robado, porque vale diez mil francos como un kopeck.

— ¿Cómo diablos habéis podido encontrarla?

— Era uno de mis amigos quien os la había cogido.

— ¿Y os habéis atrevido á pedirselo?

— ¿Pedirselo? no: semejante reclamación le hubiera ofendido.

— ¿Pues qué habéis hecho?

— He hecho lo que él hizo con vos: se la he robado.

— ¡Ah! dijo Mr. Jackal.

— ¿Comprendéis el apólogo, Mr. Jackal?

— Sí: Mr. de Valgeneuse había robado Mina á Justino.

— Eso es; y yo he robado Mina á Mr. de Valgeneuse.

Mr. Jackal se llenó las narices de rapé.

— No he sabido nada de eso, dijo.

— ¿No?

— ¿Cómo no habrá venido Mr. de Valgeneuse á quejarse?

— Lo arreglamos juntos, mi querido Mr. Jackal.

— Si el asunto fué arreglado entre los dos... dijo el polizonte.

— Hasta nueva orden al menos.

— Hablemos de otra cosa.

— Hablemos de Mr. Gerard.

— Os escucho.

— Pues bien; como os decía hace poco, Mr. Gerard había dejado el castillo hacia muchos años.

— Algún tiempo después del robo de Mr. Sarranti y de la desaparición de sus sobrinos; estos hechos los conozco y constan y están probados en el proceso.

— Sin embargo, en el proceso no consta cómo fué, ni cómo se verificó la desaparición de sus sobrinos, ni creo que vos lo sepáis tampoco.

— No: ya sabéis que Mr. Sarranti ha negado constantemente su participación en este hecho.

— Tenía razón, porque cuando Mr. Sarranti dejó el castillo de Viry, los niños estaban buenos y sanos ocupados en jugar en el parque.

— Sí, eso ha dicho él.

— Pues bien, Mr. Jackal; yo sé qué ha sido de esos niños.

— ¡Bah!

— Que sí.

— Hablad, mi querido Salvador, vuestras palabras me interesan en alto grado.

— La niña fué muerta de una puñalada por Mad. Gerard, y el niño ahogado por Mr. Gerard.

— Pero, ¿con qué objeto? pregunto Mr. Jackal.

— ¿Olvidáis que era tutor y heredero á la vez de sus sobrinos?

— ¡Oh! ¿qué me decís, Salvador? Nunca he conocido á Mad. Gerard.

— Que no ha sido nunca Mad. Gerard, sino simplemente Úrsula.

— ¡Es posible! pero yo he conocido al honrado Mr. Gerard, como le suelen llamar todos los que le conocen.

Y los labios de Mr. Jackal se crisparon con una sonrisa que le pertenecía á él solo.

— Pues bien, dijo Salvador, el honrado Mr. Gerard ahogaba al niño en tanto que la mujer ahogaba á la niña.

— ¿Y podéis darme la prueba de lo que decís?

— Ciertamente.

— ¿Cuándo?

— Al momento, si consentís en seguirme.

— Puesto que he venido hasta aquí...

— Ya iremos hasta donde Dios quiera, añadió Salvador. Mr. Jackal hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

— Venid, pues.

Y ambos, siguiendo á lo largo de la tapia del parque, se encaminaron hacia la casa, en tanto que Salvador, con la voz y con el gesto, retenía á Brasil, que parecía atraído por una fuerza invisible hacia un determinado punto del parque.

## CAPÍTULO V.

DONDE MR. JACKAL DEPLORA QUE SALVADOR SEA HOMBRE  
HONRADO.

Los dos llegaron así juntos al pórtico del castillo.

El edificio estaba completamente sombrío; era evidente que estaba desierto.

— Detengámonos aquí un instante, querido Mr. Jackal, dijo Salvador; voy á contaros cómo ha pasado el lance.

— ¿Según vuestras conjeturas?

— Según mis certezas; tenemos delante el estanque

donde ahogaron al muchacho, y detrás de nosotros la cueva donde degollaron á la muchacha. Empecemos por la cueva.

— Si; mas para empezar por la cueva es necesario entrar antes en la casa.

— Por eso no hay que inquietarse; la última vez que vine á ella, presumiendo que había de volver más tarde ó más temprano, cogí la llave de la puerta. Entremos.

Rolando quiso seguir á los dos hombres.

— Quieto, Sr. Brasil, dijo Salvador, y cuidado con menearse de aquí hasta que el amo nos llame.

Brasil se apoyó sobre sus asentaderas y esperó.

Salvador entró el primero. Mr. Jackal le siguió.

Salvador cerró la puerta detrás de ellos.

— Veis en las tinieblas como los gatos y los linceos, ¿no es verdad, Mr. Jackal? preguntó Salvador.

— Gracias á mis anteojos, dijo Mr. Jackal levantándolos hasta lo más alto de la frente; sí, querido Sr. Salvador, veo al menos lo bastante para que no me suceda ningún accidente.

— Pues bien, entonces seguidme.

Salvador tomó el corredor de la izquierda. Mr. Jackal le siguió.

El corredor concluía, como recordamos, después de bajar una docena de escalones, á la cocina y de la cocina al sótano, donde había pasado la escena terrible que hemos referido.

Salvador atravesó la cocina sin detenerse, pero llegando al sótano:

— Aquí es, dijo.

— ¿Cómo! ¿aquí? preguntó Mr. Jackal.

— Aquí es donde fué degollada Mad. Gerard.

— ¡ Ah ! es aquí.

— Sí ; ¿ no es verdad, Brasil, que es aquí ? dijo Salvador levantando la voz.

Oyóse como una manga que se precipitaba, y pasando al través de un cristal de la ventana, el perro cayó gruñendo á los pies de su amo y de Mr. Jackal.

— ¿ Qué es esto ? preguntó el hombre de policía retrocediendo.

— Es Brasil, que os manifiesta cómo han pasado las cosas.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo Mr. Jackal ; ¿ sería quizás Brasil quien hubiera ahogado á la pobre Mad. Gerard ?

— Él mismo.

— Pero entonces Brasil es un miserable que merece una bala.

— Brasil es un perro honrado, que merece el premio de Monthyon.

— Explicaos.

— Brasil ahogó á Mad. Gerard porque ésta se disponía á asesinar á Leona ; adoraba la niña, oyó gritar y vino ; ¿ no es esto, Brasil ?

Brasil dejó oír un aullido lúgubre y prolongado.

— Ahora, continuó Salvador, si dudáis que haya sido aquí, encended una bujía y mirad las losas.

Como si la cosa más natural del mundo fuera llevar consigo una pajueta, fósforos y una bujía, Mr. Jackal sacó del bolsillo todos estos chismes y una linterna.

Cinco minutos después la linterna estaba encendida ; despedía una claridad que hacía entornar los ojos á Mr. Jackal.

Hubiérase dicho que se parecía á las aves nocturnas para las que la noche es el día.

— Bajaos, dijo Salvador.

Mr. Jackal se bajó.

Una ligera mancha rojiza coloreaba el suelo.

Salvador le señaló la mancha con el dedo.

No se podía negar, aunque estaba poco visible, que aquello era una mancha de sangre : pero Mr. Jackal sin duda la reconoció por tal, porque no contestó.

— Y bien, dijo : ¿ qué prueba esa sangre ? lo mismo puede ser de la pequeña Leona que de Mad. Gerard.

— Esta es, en efecto, la sangre de Mad. Gerard, dijo Salvador.

— ¿ En qué lo conocéis ?

— Salvador llamó á Brasil.

— ¡ Brasil ! dijo : ¡ aquí, aquí !

Y le señaló con el dedo la mancha de sangre.

El perro acercó la nariz al suelo, después alzó la cabeza gruñendo y trató de morder la piedra.

— Ya veis, dijo Salvador.

— Lo único que veo, contestó Mr. Jackal, es que vuestro perro está furioso.

— Esperad ; voy á mostraros la sangre de la pequeña Leona.

Mr. Jackal miraba á Salvador con profunda admiración.

Salvador cogió la luz de manos de Mr. Jackal, y pasando á otra pieza, mostró nuevas manchas de sangre en el pavimento en dirección de la puerta del jardín.

— Mirad, dijo : esta es la sangre de la niña, ¿ no es verdad, Brasil ?

Esta vez, Brasil acercó dulcemente su hocico á la piedra, como si hubiera querido besarla. Lanzó un aullido doloroso y lamió la piedra con la punta de la lengua.

— Ya lo veis, dijo Salvador ; la niña no estaba degollada

del todo : mientras Brasil ahogaba á Úrsula, la pobre niña escapaba al jardín.

— ¡ Hum ! ¡ hum ! hizo Mr. Jackal : ¿ y luego ?

— Esto por lo que hace á la niña ; luego nos ocuparemos del niño, venid.

Y apagando la linterna, se la devolvió á Mr. Jackal.

Ambos volvieron á salir al jardín.

— Aquí, dijo Salvador, estamos en la segunda parte del drama : hé aquí el estanque en el que Mr. Gerard ahogaba al pequeño Víctor, en tanto que Úrsula asesinaba á la niña.

Á poco estaban junto al estanque.

— Vamos, Brasil, dínos cómo sacaste del estanque el cadáver de tu pobre amo.

Brasil, como si hubiera comprendido perfectamente lo que le mandaban, no aguardó á que le repiteran dos veces la orden : lanzóse al agua : nadó como las dos terceras partes del ancho de él : se sumergió, volvió á reaparecer y luego se fué á echar aullando lúgubrementemente sobre el césped.

— Hé aquí un perro, Mr. Salvador, dijo Mr. Jackal, que no tiene precio.

— Esperad, esperad, dijo Salvador.

— Ya espero, dijo Mr. Jackal.

Salvador lo llevó al pie del grupo de árboles.

Allí ya, invitó á Mr. Jackal para que volviera á encender la linterna.

Mr. Jackal obedeció.

— Mirad, dijo Salvador, señalando al polizonte una profunda hendidura en el tronco de uno de los árboles : mirad esto y decidme qué es lo que os parece.

— Creo que es un agujero de bala, dijo Mr. Jackal.

— Y yo estoy seguro de ello, dijo Salvador.

Sacando entonces un cuchillo pequeño y afilado, que era á la vez cuchillo, puñal y escalpelo, ahondó el agujero y sacó de él una partícula de plomo.

— Ya veis, le dijo : la bala está aquí todavía.

— No digo que no : ¿ pero qué prueba una bala en el tronco de un árbol ? Sería menester saber por dónde había pasado antes de llegar á enterrarse ahí.

Salvador llamó á Brasil.

Brasil se acercó.

Salvador cogió la mano de Mr. Jackal y la apoyó alternativamente en el costado derecho y el izquierdo de Brasil.

— ¿ Qué notáis ? le preguntó.

— Hay aquí algo.

— ¿ Pero qué ?

— Parece ser así como dos cicatrices.

— Pues bien, dijo Salvador : hace poco me preguntábais por dónde había pasado la bala : ahora ya lo sabéis.

Mr. Jackal miraba á Salvador con creciente admiración.

— Ahora, venid, dijo éste.

— ¿ Adónde vamos ? preguntó Mr. Jackal.

— Adónde Horacio dice que es menester apresurarse á llegar : al desenlace : *ad eventum festina*.

— ¡ Ah ! mi querido Salvador, dijo Mr. Jackal, ¡ qué lástima que seáis hombre honrado !

Y siguió á Salvador.